

iguales, y más aun cuando, siendo mujer y reina, se tiene de su parte la fortuna.

— Tenéis razón, Actón. Enviad vuestro secretario á Capua, y preparad á sir William Hamilton.

Así diciendo, la reina movió su cabeza, que aun era hermosa, como si quisiera sacudir las mil preocupaciones que sobre ella pesaban, y entró en el salón con ligero paso y con la sonrisa en los labios.

## CAPITULO VI

### El acróstico

Muchas personas habían llegado ya, y entre ellas, las siete señoras cuyos nombres empezaban con E. Los hombres eran el almirante Nelsón y dos de sus oficiales, ó por mejor decir, dos amigos suyos, los capitanes Troubridgt y Ball. El primero era un hombre simpático, de agudo ingenio y de buen humor; el segundo, grave y estirado, como un verdadero bretón de la Gran Bretaña.

Eran los otros convidados el elegante duque de Rocca-Romana, hermano de Nicolino Caracciolo, que estaba muy lejos de sospechar, — hablamos de Nicolino — que un ministro y una reina se tomaban tanto trabajo en aquel momento para descubrir su alegre é indolente persona; el duque de Avalos, más comunmente conocido con el nombre de marqués del Vasto; el duque de la Salandra, gran

montero del rey, á quien veremos más tarde tratar de apoderarse del mando que Mack dejó escapar de sus manos; al príncipe Pignatelli, á quien el rey debía dejar al huir la pesada carga de vicario general, y algunos otros, descendientes, muy descendidos de las más nobles familias napolitanas y españolas.

Todos esperaban la llegada de la reina, y se inclinaron respetuosamente al verla.

Dos cosas preocupaban á Carolina aquella noche: realzar á Emma Lyonna para que enamorase más que nunca al almirante inglés, y descubrir por su letra á la autora del billete, atendiendo á que, cuando se supiera quién lo había escrito, no sería difícil saber á quién iba dirigido.

Solamente los que asistían á aquellas íntimas y embriagadoras reuniones de la reina de Nápoles, reuniones de que Emma Lyonna era á un tiempo el gran encanto y el principal adorno, han podido referir á sus contemporáneos hasta qué punto de entusiasmo y de delirio la moderna Armida arrastraba á sus auditores y espectadores. Si sus mágicas posturas, si su pantomima voluptuosa habían ejercido sobre los fríos temperamentos del Norte el influjo que hemos dicho, ¿hasta qué punto no debían electrizar las volcánicas imaginaciones del Mediodía,

apasionadas del canto, de la música y de la poesía, y que sabían de memoria Cimarosa y Metastasio? Por nuestra parte, conocimos é interrogamos en nuestros primeros viajes á Nápoles y Sicilia á ancianos que habían asistido á aquellas reuniones magnéticas, y á quienes hemos visto, después de cincuenta años, estremecerse como si fueran jóvenes, al impulso de estos ardientes recuerdos.

Emma Lyonna era hermosa, aun sin quererlo ser. Compréndase, pues, lo que sería aquella noche en que quería serlo, tanto por la reina como por Nelsón, en medio de todos aquellos elegantes trajes, de fines del siglo XVIII, que las cortes de Austria y de las Dos Sicilias se obstinaban en usar, como una protesta contra la revolución francesa. En lugar de los polvos con que se cubrían aquellos altos peinados ridículamente empingorotados en la coronilla; en lugar de aquellos trajes cortos y ceñidos, capaces de ahogar la gracia de la misma Terpsícore; en lugar del encendido arrebol que transformaba á las mujeres en bacantes, Emma Lyonna, fiel á sus tradiciones de libertad y de arte, llevaba una larga túnica de casimir azul celeste, suelta en pliegues que hubieran podido causar envidia á una estatua griega. Flotaban sobre sus hombros en largos bucles sus cabellos, entre cuyas

agitadas ondas se entreveían los rayos de dos rubíes que brillaban como los fabulosos carbunclos de la antigüedad. El cinturón, regalo de la reina, era una cadena de diamantes, que llevaba atada á la cintura como el cordón de una monja capuchina, y que le caía hasta las rodillas. Llevaba los brazos desnudos desde los hombros, y en uno de ellos llevaba dos brazaletes en forma de serpientes de diamantes, con ojos de rubíes, uno junto al hombro, y el otro en la muñeca.

La mano de este brazo sólo brillaba por la blancura de su fino cutis y por sus afiladas uñas, rosadas y transparentes como las hojas de una rosa. La otra mano, la correspondiente al brazo que no llevaba adorno ninguno, estaba cargada de sortijas. Á causa del color de las medias, sus pies, calzados de coturnos azules con lazos de oro, parecían desnudos como sus manos.

Esta deslumbradora belleza, realzada por su extraño traje, tenía algo de sobrenatural, y por lo tanto, de terrible y espantoso; las mujeres se retiraban celosas de aquella resurrección del paganismo griego, y los hombres se apartaban aterrados. Al que tenía la desgracia de enamorarse de aquella Venus Astarté, no le quedaba más recurso que la posesión ó el suicidio.

De aquí resultó que á pesar de su hermosura, y justamente á causa de su fascinadora hermosura, Emma quedó aislada en el rincón de un sofá, en medio de un círculo formado en torno suyo. Nelsón, único que hubiera tenido el derecho de sentarse á su lado, la devoraba con la mirada y vacilaba deslumbrado, cogido del brazo de Troubridgt, preguntándose por qué misterio de amor, ó por qué cálculo político se había rendido á él, rudo marino, veterano mutilado en veinte batallas, aquel ser privilegiado que reunía todas las perfecciones.

En cuanto á ella, estaba menos incómoda en el lecho de Apolo, en que en otro tiempo Graham la había expuesto desnuda á las curiosas miradas de todo un pueblo, que en aquel salón donde tantas miradas envidiosas y lascivas la rodeaban.

— ¡ Oh, señora! exclamó viendo aparecer á la reina y lanzándose á su encuentro como para implorar socorro; venid pronto á esconderme á vuestra sombra, y decid á esos señores y á esas damas que, acercándose á mí, no se corre el riesgo que al dormirse bajo el manzanillo ó al sentarse á la sombra del bonohupas.

— ¡ Y os quejáis de eso, ingrata criatura! dijo riendo la reina; ¿ por qué sois hermosa hasta el punto de introducir en todos los corazones el amor

y los celos, de tal modo que no hay aquí nadie más que yo que sea bastante humilde y bastante poco coqueta para atreverse á acercarse su rostro al vuestro y besaros en ambas mejillas?

Y la reina la besó, y al besarla, la dijo en voz baja estas palabras :

— Es menester que esta noche [estéis seductora.

Y pasando el brazo alrededor del cuello de su favorita, la condujo al canapé, en torno del cual todos se agruparon; los hombres para hacer la corte á Emma, haciéndola á la reina, y las mujeres para hacérsela á la reina aparentando que la hacían á Emma.

En aquel momento entró Actón, y una mirada que la reina cambió con él, bastó para indicarle que todo marchaba á medida de su deseo.

Llevóse á Emma á un rincón, y después de hablar con ella en voz baja algún tiempo, dijo :

— Señoras, acabo de obtener de mi buena lady Hamiltón que nos dé esta noche alguna muestra de su ingenio, es decir, que nos cante alguna balada de su país ó algún canto de la antigüedad; que nos represente una escena de Shakspeare, y que dance el paso del chal, que hasta ahora sólo por mí y ante mí ha danzado.

Al oír estas palabras, resonó en el salón un grito general de curiosidad y de alegría.

— Vuestra Majestad sabe, dijo Emma, que es con una condición.

— ¿Cuál? preguntaron las señoras.

— ¿Cuál? repitieron los hombres.

— La reina, dijo Emma, acaba de llamarme la atención sobre una cosa bien singular, y es que, exceptuando el de la reina, los nombres de bautismo de las ocho señoras que estamos reunidas en este salón, empiezan por la letra E.

— ¡ Y es verdad! dijeron las señoras mirándose unas á otras.

— Ahora bien; si yo hago lo que me piden, quiero que hagan lo que deseo.

— Señoras, dijo la reina, convendréis en que esto es muy justo.

— ¿Qué queréis? hablad, milady, exclamaron muchas voces.

— Deseo, dijo Emma, conservar el precioso recuerdo de esta reunión. Su Majestad escribirá su nombre en un papel, y cada letra de este nombre augusto y querido servirá de inicial á un verso escrito por una de nosotras, empezando por mí, y dedicados á la gloria de S. M. Cada una firmará su verso, bueno ó malo, y yo espero que, con la

ayuda del mío, habrá más malos que buenos: y como recuerdo de esta velada, que he tenido el honor de pasar con la reina más hermosa del mundo y con las más nobles señoras de Nápoles y de Sicilia, guardaré para mi álbum el precioso y poético autógrafo.

— Concedido, dijo la reina, y con la mejor voluntad.

Y así diciendo, acercóse á la mesa y escribió en un papel el nombre de CAROLINA.

— Pero, señora, exclamaron las damas á quienes se obligaba á improvisar de aquella manera; nosotras no somos poetisas.

— Invocad á Apolo, y lo seréis.

No había medio de retroceder. Además, Emma, acercándose á la mesa, escribió junto á la primera letra del nombre de la reina, el primer verso del acróstico y lo firmó.

Resignáronse las demás, y una tras otra escribieron un verso y lo firmaron. En cuanto la última firmó el suyo, apoderóse la reina del papel. El concurso de las ocho musas había producido el resultado siguiente:

La reina leyó en voz alta los versos, que habían sido escritos en francés:

C'est par trop abuser de la grandeur suprême,  
*Emma Hamilton.*

— yant le sceptre en main, au front le diadème,  
*Emilia Cariatí.*

Réunissant déjà de si riches tributs,  
*Eleonora San Marcos.*

O reine! de vouloir qu'en un instant Phébus,  
*Elisabeta Termoli.*

Lorsque le mont Vésuve est si loin du Parnasse,  
*Elisa Turst.*

— nitie au bel art de Pétrarque et du Tasse  
*Eufrosia de Allavilla.*

— vos cœurs, qui n'ont jamais pour vous jusqu'à ce jour  
*Eugenia de Policastro.*

— spiré qu'à lutter de respect et d'amour.  
*Elena San Clemente.*

— Mirad, dijo la reina en tanto que los hombres se hacían lenguas en alabanza del acróstico, y que las damas se admiraban ellas mismas de haber salido tan bien del paso; mirad, general Actón, qué letra tan preciosa tiene la marquesa de San Clemente.

El general Actón se acercó á una luz, apartándose al mismo tiempo del grupo como si hubiese querido volver á leer el acróstico; comparó la letra de la carta con la del octavo verso, y, devolviendo con una sonrisa el precioso y terrible autógrafo á Carolina, díjole:

— Efectivamente, es preciosísima.

## CAPÍTULO VII

## Los versos sáficos

La doble alabanza de la reina y del capitán general Actón á propósito de la letra de Elena de San Clemente, pasó sin que nadie, ni aun la que era objeto de aquella alabanza, le diese la menor importancia.

Apoderóse la reina del acróstico, prometiendo á Emma devolvérselo al día siguiente, y habiéndose roto ya esa especie de hielo que mantiene la frialdad en el principio de toda reunión, cada cual se mezcló en aquella confusión agradable que la reina sabía establecer en su trato íntimo, por el arte que tenía de hacer olvidar las molestias que impone la etiqueta.

Animóse la conversación; los labios no dejaron ya escapar, sino que lanzaron las palabras; mostró la risa sus blancos dientes; hombres y mujeres se mezclaron entre sí, cada uno fué á buscar el inge-

nio ó la belleza le eran más simpáticos, y en medio de aquel dulce murmullo, que se asemejaba al gorjeo de los pajarillos, respirábase tibia é impregnada del perfumado aliento de la juventud, aquella atmósfera, especie de filtro invisible, impalpable, embriagador, compuesto de amor, de deseos y de voluptuosidad.

En esta clase de reuniones, Carolina no sólo se olvidaba de que era reina, sino á veces ni aun se acordaba de que era mujer; una especie de llama eléctrica brillaba en sus ojos, sus narices se dilataban, imitaba su seno el movimiento onduloso de las olas, su voz se tornaba ronca y desafinada, y un rugido de pantera ó de bacante que saliera de aquella hermosa boca no hubiese extrañado á nadie.

Acercóse á Emma, y poniendo sobre su desnuda espalda su mano desnuda también, que parecía una mano de rosado coral sobre una espalda de alabastro, le preguntó:

— Y bien, mi querida lady, ¿habéis olvidado que no os pertenecéis esta noche? Nos habéis prometido milagros, y tenemos ansia de aplaudiros.

Emma, al contrario de la reina, parecía sumergida en una suave languidez; su cuello no tenía ya fuerza para sostener la cabeza, que se inclinaba ora sobre un hombro, ora sobre el otro, y á veces, eu

un espasmo de voluptuosidad, dejábase caer hacia atrás; los ojos, medio cerrados, escondían sus pupilas bajo el arco de sus largas pestañas; entrecubierta la boca, dejaba ver por entre los labios de púrpura sus dientes de marfil; los negros rizos de sus cabellos resaltaban sobre la blancura mate de su pecho.

No vió, pero sintió la mano de la reina posarse sobre su espalda, y un leve temblor recorrió todo su cuerpo.

— ¿Qué queréis de mí, carísima reina? dijo lánguidamente y con un movimiento de cabeza de una gracia suprema. Pronto estoy á obedeceros. ¿Queréis la escena del balcón de Romeo? Pero ya sabéis que para representar esta escena tienen que ser dos, y yo no tengo Romeo.

— No, no, dijo la reina, nada de amor; los volverías locos á todos, y ¿quién sabe si á mí también me volverías loca? No, al contrario, alguna cosa que los espante. ¡ Julieta en el balcón! de ninguna manera. El monólogo de Julieta es lo único que te permito esta noche.

— Está bien; dadme un mantón blanco, reina mía, y mandad que me dejen sitio.

Cogió la reina de un canapé un mantón blanco de crespón de la China, que había dejado allí sin duda

con intención, diólo á Emma, y con un gesto en el cual volvía á manifestarse reina, mandó que todo el mundo se echase á un lado.

En un segundo, Emma se halló aislada en medio del salón.

— Señora, es menester que os toméis la molestia de explicar la situación. Esto apartará por un momento la atención de mi persona y tengo necesidad de esta pequeña superchería para producir el efecto que me propongo.

— Todos vosotros conocéis la crónica veronesa de los Monteesos y Capuletos, ¿no es así? dijo la reina. Quieren casar á Julieta con el conde Paris, á quien no ama, en tanto que el pobre desterrado Romeo es el dueño de su corazón. Fray Laurencio, que la ha casado con su amante, le da un narcótico que la hará pasar por muerta; la depositarán en el panteón de la familia Capuleto, y allí Laurencio irá á buscarla y la conducirá á Mantua donde la aguarda Romeo. Su madre y su nodriza acaban de salir de su aposento, dejándola sola después de haberla hecho saber que al día siguiente, al rayar el alba, dará su mano al conde Paris.

Apenas hubo terminado la reina esta exposición que había atraído todas las miradas sobre ella, cuando un doloroso suspiro las llevó de nuevo sobre

Emma Lyonna; había tenido bastante con algunos segundos para embozarse con el inmenso chal, de manera que no se veía nada de su primer traje. Cubriase la cabeza con ambas manos, que dejó caer lentamente, levantando al mismo tiempo y mostrando poco á poco su rostro pálido, en el que se hallaba impreso el más profundo dolor y donde era imposible hallar ni un resto de aquella languidez suave que hemos procurado describir; todo lo contrario, era la angustia en su paroxismo, el terror en su apogeo.

Volvió lentamente sobre sí misma, como para seguir con la mirada á su madre y á su nodriza, y con voz cuyas vibraciones llegaban hasta el fondo del corazón, extendiendo el brazo como para dar al mundo un eterno adiós, dijo:

«¡Adiós! El Señor sabe cuándo nos volveremos á ver. Agitase el terror en mi mente con pavoroso vértigo, y la sangre se detiene helada en mis venas. ¿Por qué no las llamo para que calmen mi espanto?

» ¡Nodriza! ¡Señora!...

» ¡Cállate, pobre loca! ¿Qué tienen que hacer aquí tu madre ó tu nodriza? Sin testigos debe cumplirse el acto. ¡Ven á mí, misteriosa pócima!... Y si tú me faltases, ¿sería yo mañana del conde?...

» No: conozco un medio de librarme de este terrible anatema: puñal, postrer recurso, esperanza suprema, descansa en mi seno.

» ¡Y si esto fuese un veneno... que el fraile hubiese

puesto traidoramente en mis manos por temor de que se descubriera mi primer matrimonio! Pero no; todo el mundo le tiene por un santo varón, y además es el amigo de mi querido Romeo. ¿Qué tengo que temer?

» Pero si, encerrada en la tumba, llegase á despertarme antes de la hora en que debe venir á librarme mi Romeo, y me hallase, envuelta en mi sudario, sola, en aquella sombría morada y en medio de los muertos... Aquel aire, que es imposible respirar, secaría mi boca, mortales miasmas llenarían mi pecho, ahogándome antes que, venciendo á la muerte, viniese mi amado á llevarme en sus brazos... ó si sobreviviese, ¿qué espectáculo se ofrecería á mis ojos! ¿No es esa bóveda el antiguo receptáculo donde duermen los despojos de mis abuelos muertos desde hace mil años? ¿Donde Tibaldo, el último de ellos tendido en su sepulcro, me aguarda lívido y frío, con la amenaza en los labios?

» Luego, cuando toquen las doce de la noche, ¿gran Dios! ¿no dicen que los huéspedes de la muerte, despiertos por la voz del bronce, se alzan chocando sus huesos en las tinieblas, para lanzarse á sus fúnebres danzas, y dan esos espantosos gritos que ahuyentan la razón del cerebro de los vivos?

» ¡Oh! ¡si yo me despertase bajo las sombrías bóvedas en esa hora en que los muertos reviven! ¡Si arrastrándose hacia mí en el sepulcro obscuro, esos espectros me manchan con su impuro contacto, y llevándome á los juegos que odia la luz, me volvieran insensata al salir la aurora! Al pensar en ello, siento escaparse mi razón.

» ¡Oh! ¡huye, huye! Romeo, ya veo á Tibaldo alzarse lentamente en la sombra para herirte. La espada brilla en su descarnada mano. Mostrándote con el dedo su abierta herida, quiere obligarte á que te sientes á su lado en la tumba. ¡Detente, asesino, en nombre del Cielo, detente!

*(Llevando el pomo á sus labios.)*

» Romeo, por ti bebe tu Julieta! »

Y haciendo la acción de beber el narcótico, dió algunos pasos vacilante y cayó sobre la alfombra, donde permaneció inerte y sin movimiento.

La ilusión fué tan grande que, olvidando que lo que acababa de pasar no era más que un juego, Nelson, el rudo marino, más familiarizado con las tempestades del Océano, que con los fingimientos del arte, lanzó un grito, se abalanzó á Emma, y con su brazo único, la levantó del suelo como si fuera un niño.

Obtuvo una recompensa: la primera sonrisa de Emma al abrir los ojos, fué para él. Comprendiendo entonces su error, retiróse confuso á un rincón de la sala.

Sucedióle la reina, y todos rodearon á la fingida Julieta.

Nunca la magia del arte había llegado á este punto. Aunque expresados en lengua extranjera, ninguno de los sentimientos que habían agitado el corazón de la amada de Romeo habían pasado desapercibidos para los espectadores.

Las emociones producidas por este espectáculo, de que la noble reunión, completamente ajena á la poesía del Norte, no tenía la menor idea, tardaron mucho tiempo en calmarse. Al silencio del estupor siguieron los aplausos del entusiasmo: vinieron

luego los elogios y las lisonjas y los cumplimientos que tan dulcemente acarician el amor propio de los artistas. Emma, nacida para brillar en la escena literaria, pero empujada por su irresistible fortuna á la escena política, manifestaba á cada ocasión la actriz ardiente y apasionada, dispuesta á transportar á la vida real esas creaciones de la vida ficticia, que se llaman Julieta, lady Macbeht y Cleopatra. Entonces daba á su sueño desvanecido todos los suspiros de su corazón, y se preguntaba si los triunfos dramáticos de mistress Sidóns y de mademoiselle Raucourt no valían más que las apoteosis reales de lady Hamilton. Sentía entonces, en medio de la alabanzas de los circunstantes, de los aplausos de los espectadores, de las caricias de la reina misma, una profunda tristeza, y si dejaba correr su imaginación, caía en una de esas melancolías que en ella eran nuevas seducciones; pero la reina, pensando con razón que tales melancolías no estaban exentas de penas y hasta de remordimientos, la empujaba hacia un nuevo triunfo, cuya embriaguez le hiciera apartar la vista del pasado para no mirar más que el porvenir. Tomándola por el brazo y sacudiéndola con violencia como se hace con un sonámbulo para despertarle del sueño magnético, le dijo:

— Vamos, basta de melancolía. Ya sabes que eso

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

no me gusta. ¡Canta y baila! Ya te lo he dicho: esta noche no te perteneces; eres nuestra. Canta y danza.

— Con el permiso de V. M., respondió Emma, voy á cantar. Nunca represento esta escena, sin que me quede durante algún tiempo un temblor nervioso que me quita las fuerzas; pero este temblor mismo es favorable para mi voz. ¿Qué pieza quiere V. M. que cante?

— Cántales algo de ese manuscrito de Saffo que acaba de encontrarse en Herculano. ¿No me has dicho que has compuesto la música para muchas de esas poesías?

— Sólo para una, señora; pero...

— ¿Pero qué? preguntó la reina.

— Esa música, compuesta para nosotros solamente, es un himno extraño, dijo Emma en voz baja.

— ¿No se titula *Á la mujer amada*?

Emma sonrió y miró á la reina con una singular expresión de lascivia.

— Justamente, dijo la reina, cántalo; yo lo quiero.

Dejando á Emma aturdida por el acento con que había pronunciado: *yo lo quiero*, la reina llamó al duque de Rocca-Romana, que aseguraban haber sido el objeto de uno de sus tiernos y pasajeros ca-

prichos, á los que la Semíramis del Mediodía estaba tan sujeta como la Semíramis del Norte, y haciéndole sentar junto á ella en el mismo sofá, comenzó con él una conversación, que, aunque en voz baja, parecía muy animada.

Lanzó Emma una mirada á la reina, salió rápidamente del salón, y un instante después volvió á entrar coronada de laurel, con un manto encarnado sobre los hombros y sobre el torneado brazo aquella lira de Lesbos que ninguna mujer se había atrevido á tocar desde que la musa de Mitilene la dejó caer de sus manos al precipitarse de lo alto de la roca de Léucade.

Un grito de sorpresa se escapó de todos los labios; apenas la reconocían. Ya no era la dulce y poética Julieta. De su ardiente pupila brotaba una llama más devoradora que la que la vengadora Venus encendió en los ojos de Fedra: adelantóse con paso rápido en que había algo de varonil, esparciendo en torno suyo un misterioso perfume.

Todos los impuros deseos de la antigüedad, el de Mirra por su padre, el de Pasifae por el toro de Creta parecían haber impreso en su rostro su impúdico fuego; era la sublevada virgen del amor, sublime en su culpable rebelión. Detúvose ante la reina, dejóse caer en un sillón y con una pasión

que hizo sonar las cuerdas de la lira como si fueran de acero, cantó con estridente acento, las siguientes estrofas :

« ¡ Feliz quien junto á tí suspira, oyendo el eco melodioso de tu voz ! ¡ Feliz, quien aspira el dulcísimo néctar de tu sonrisa, envidia de los dioses !

» Cuando te veo, mi labio enmudece, sécase mi lengua y en vano quiero hablar. Laten mis sienes al impulso de la fiebre; abrasa todos mis sentidos un fuego devorador.

» Más pálida que la débil flor seca en un día por el abrasado aliento del León, tiemblo, suspiro, desfallezco y muero, de amor y de deseos. »

Con la última vibración de sus cuerdas, la lira se deslizó de la falda de la poetisa, cayendo sobre la alfombra; y Emma dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón.

La reina, que desde la segunda estrofa se había separado de Rocca-Romana, levantóse antes que Emma concluyese el último verso, y acercándose á ella, la levantó en sus brazos sin dar tiempo á que su cabeza inerte se doblara sobre el hombro cual si estuviera desmayada.

Esta vez la concurrencia quedó un instante sin saber si debía aplaudir; pero el pudor fué pronto vencido en un combate en que toda idea moral debía sucumbir bajo la ardiente exaltación de los sentidos. Hombres y mujeres rodearon á Emma, dispután-

dose una mirada, una palabra suya, ó el privilegio de tocar su mano, sus cabellos ó sus vestidos. Nelsón estaba allí como los otros, temblando más que los otros porque estaba más enamorado; la reina tomó la corona de laurel de la cabeza de Emma y la puso en la de Nelsón.

Éste se la quitó, como si le hubiera quemado las sienes, y la apretó contra su corazón.

En aquel momento la reina sintió una mano en la suya: volvióse y vió á Actón.

— Venid sin perder un instante, le dijo. Dios hace por nosotros más de lo que podíamos esperar.

— Señoras, dijo la reina, me ausentó por algunos instantes. Mientras vuelvo, queda Emma en mi lugar; ella es la reina. Os dejo, en lugar del poder, el genio y la belleza.

Y añadió al oído de Nelsón :

— Decidle que dance por vos el paso del chal que debía danzar por mí, ella lo hará.

Seguida de Actón, la reina salió del salón dejando á Emma embriagada de orgullo y á Nelsón loco de amor.